

ME perdonará el lector de TRIUNFO que reincida en un tema, el de la "antipsiquiatría", ampliamente tratado aquí, a lo que se me alcanza. (Pasando la mitad del año lejos de España, me entero tarde y mal de lo que se publica en ella y, por lo mismo, ruego a quien me lea que no achaque a pedantería el que quizá cite por ediciones originales libros traducidos ya al castellano.) Mas, por una parte, me importa mucho subrayar la continuidad, expresa en el título, entre una teoría (restringida) de la esquizofrenia y la teoría (generalizada) del inconformismo social. Y, por otra parte, no concibo en general esta sección como una serie atomizada de reseñas aisladas de libros, sino como el resultado, más o menos sistematizado, de lo que en ellos he aprendido, y así, de vez en cuando, volveremos la vista atrás para tratar de ver lo que juntos nos dicen los libros leídos.

Es importante situar los de R. D. Laing (1) en la evolución histórica del concepto de locura, desde la demencia praecox del doctor Morel (1860) y antes, hasta la consideración de la enfermedad mental por Foucault (1965) en la perspectiva de la historia socioeconómica y cultural europea. El loco era —y sigue siendo— un individuo "denunciado" por su familia como tal, reconocido, de acuerdo con aquella "atribución" de locura, por el psiquiatra, diagnosticado; es decir, "sentenciado" y "condenado" al correspondiente tratamiento (en la cárcel-manicomio que hoy, eufemísticamente, se llama clínica o sanatorio), puesto, en fin, en excomunicación, para volver a emplear la palabra que el último día aplicábamos al impotente, y en reclusión de por vida.

Laing parte de la familia como "célula social", según decían y seguramente siguen diciendo los conservadores. Pues, en efecto, allí es donde se decide el rol de cada cual. La familia no es simplemente un microgrupo objetivamente dado. En cada familia, cada miembro asume o se ve atribuido un papel, y a la internalización de los roles y relaciones familiares es a lo que Laing llama, entre comillas, "familia". Cada familia es la imagen que sus miembros llegan a tener de ella, a través de toda una historia, secuencia y drama. Drama, es decir, "guión", argumento que es menester "representar". Drama o nexo de tensiones dinámicas producidas dentro de una determinada situación social. Esas tensiones pueden conducir a la asignación del papel de "esquizofrénico" a uno de los miembros de la familia, al pariente "elegido" co-

mo "víctima propiciatoria", como "lugar" de la descarga que restablezca el equilibrio emocional. Son esquizofrénicos aquellos a quienes familiarmente se les atribuye el papel de tales. Buscar el origen de la enfermedad llamada esquizofrenia es, dice Laing, como perseguir a una liebre siguiendo las huellas que de ella se encuentran... en la mente de los cazadores. Ahora bien, la cosa funciona. La antigua "camisa de fuerza" es un excelente símbolo de la situación. La víctima a quien se le pone encima esa "definición" familiar o diagnóstico social de que está loca, tan pronto como se siente encerrado en ella, empieza a debatirse, a intentar arrancársela, a comportarse furiosamente —o resignadamente, como ausentándose—, es decir, a aceptar su papel de loco, a internalizarlo. (Laing llega a hablar de "hipnotización", de "sueño hipnótico".)

Cuando el psiquiatra es llamado, o se acude a él, rara vez inter-

los pueblos no occidentales. El "compromiso" final parece haber consistido en: a), el reconocimiento de otras "culturas", diferentes de la nuestra; b), el de la superioridad indiscutible de ésta, y c), la consideración como comportamiento deviant (desviado es poco decir, aberrante) de todo el que no se ajusta a las normas sociales establecidas dentro de la comunidad de que se trate. El pensamiento salvaje, trasplantado a la nuestra, se consideraría como loco. Y, por supuesto, tal es la más benigna calificación a que se hacen acreedores los rebeldes, los inconformistas, los que se sublevan contra el orden establecido. Este decide qué comportamiento es normal y cuál anormal. La violencia de la familia se concentra sobre uno de sus miembros, el desajustado, para salvar así el "orden" familiar. Paralelamente, en los macrosistemas, la violencia se hace recaer sobre toda la masa de gentes —con fre-

JOSE LUIS L. ARANGUREN

LOCOS, SALVAJES, REBELDES

viene de veras, rara vez se enfrenta con la situación sociofamiliar en su totalidad de relaciones dramáticas. Acepta la definición de ella le es dada por el miembro de la familia que lleva a cabo la "denuncia", sin advertir que tal "definición" no es más que una prejuiciada interpretación que forma parte integrante de la situación —que los miembros de la familia, demasiado "dentro" de ella, son incapaces de "ver"— y es su "mistificación". Los psiquiatras al uso, lo que hacen es, pues, aceptar sin crítica la prediagnóstico social-familiar, ajustarla al "modelo" médico vigente (diagnóstico técnico, de entre el cuadro de las enfermedades mentales establecidas, tratamiento a la moda, etcétera) y enmarcarla en su institucionalización (organizatoria, técnica, arquitectónico-ambiental, etcétera). Loco es el "enloquecido" por la familia para, al precio de su eliminación, reconquistar el siempre precario "reajuste" del microgrupo.

La teoría del "desajuste" mental es generalizable. Hacíamos antes alusión al hecho de que el moderno estatuto de "loco" es una invención del siglo XVIII, del siglo de la Razón. Paradójicamente, fue por entonces —Cartas Persas— cuando empezó a ponerse en cuestión la perfecta racionalidad de nuestra civilización, frente a las "locas" supersticiones de

cuencia, pueblos enteros—, que quedan fuera del subsistema definidor de la situación (2).

La antipsiquiatría pone de manifiesto que es la familia, en tanto que un todo unitario, la que funciona irracionalmente. Sí, pero puesta esa familia en su contexto —extensión de los estudios intra-familiares a los inter-familiares— advertimos que tal comportamiento familiar adquiere su propia "racionalidad". Así, a través de sucesivos, cada vez más amplios meta y meta-meta contextos, se puede seguir el juego de irracionalesidades transmutadas en "racionales", hasta llegar al sistema total mundial, de irracionalesidad irreductible. La civilización actual lo es de cautividad y en cautividad. Cautividad no —cada vez menos— en jaulas de barrotes; cautividad en "ideas", en "imágenes" (así la del bienestar por el consumismo), el "sueño hipnótico" del que antes hablábamos, productor de la perfecta "adaptación" (a la "cordura" o, cuando menos, a la "locura" como "papel"), la sumisión absoluta o, como llega a decir Laing, la "programación" en la obediencia. La teoría de Laing y

(2) Sobre lo que llamó «teoría generalizada» de Laing, puede verse su artículo en la obra colectiva, *Ensayos sobre el Apocalipsis*, selección y prólogo de Luis Racionero. Editorial Kairós, Barcelona, 1973.

de los otros antipsiquiatras abre la posibilidad de una comprensión interdisciplinaria: el enlace, sin solución de continuidad, desde la psiquiatría, pasando por la psicología, la psicología social y la sociología, hasta la sociología política, la ciencia política... y aun más allá.

Laing nos dice no solamente, como hemos visto, lo que el psiquiatra no hace, sino también lo que debería hacer; en vez de aceptar, sin más, la "diagnóstico" familiar, hacer su propia "diagnóstico" o conocimiento de la situación real, es decir, ver a través de la "representación" social llevada a cabo por la familia en tanto que "familia". Y esto sólo puede conseguirse mediante una transformación radical en la función del psiquiatra que, hasta ahora, se limita a dar por buenas, a "certificar" en sus términos, una "especificación", y que en adelante tendría que intervenir de verdad en el drama que constituye cada familia, así como la vida entera en sociedad.

Hay un punto, sin embargo, que me parece digno de discusión. Merced a la referida "diagnóstico" se acaba por descubrir —al parecer, según Laing, siempre— un pattern de recurrencia cerrada, incesantemente reiterativa:

"El padre de la hija muere, la hija concibe un hijo para reemplazar al padre. La representación es lo real. Los actores vienen y se van. Tan pronto como mueren, otros nacen. Y cada recién nacido asume el papel que el recién muerto dejó vacante. El sistema se perpetúa así a través de las generaciones, el drama continúa, sin que los actores sean nunca el papel que representan".

Pero, ¿se trata entonces de un auténtico drama? En cierto sentido, sí, claro: el drama escrito de una vez por todas para su repetitiva, ahistórica re-presentación. La familia segregadora de esquizofrenia no sería capaz de ofrecer sino el mismo papel de siempre. La locura sería así constitutivamente anticreativa. (Nada de "genio y locura".) ¿O bien habría, frente a la locura ahistórica, que la familia engendra, otra "locura", la que rompiendo el círculo se torna verdaderamente rebelde y creadora? ■

(1) *The Politics of the Family and Other Essays*, First Vintage Books Edition, Nueva York (en colaboración con A. Esterson), Society Madness and the Family, Tavistock, Londres.